

CECCONI, Giovanni Alberto. *Barbari e pagani. Religione e società in Europa nel tardoantico*. Bari-Roma: Laterza, 2021, xxii + 268 pp. [ISBN: 978 88 58146 68 2].

El libro que ahora comentamos constituye un difícil empeño que la aparente claridad del título de alguna manera enmascara. Los estudios sobre el paganismo tardoantigo, renovados desde la aparición en 2010 de la polémica monografía de Alan Cameron (*The Last Pagans of Rome*), vienen marcados por un sesgo, un olvido, que el trabajo de Giovanni Alberto Ceconi pretende corregir: salvo contadas excepciones, son estudios centrados exclusivamente en el paganismo greco-romano e ignorantes de las realidades surgidas en su periferia, de manera clara las creencias de los pueblos bárbaros, esencialmente germanos, pero también grupos ajenos a su universo cultural, caso de avaros o hunos. El autor declara como un objetivo esencial (p. xii) estudiar el impacto que estos paganismos transfronterizos tuvieron en las regiones en las cuales se asentaron tras su incorporación al imperio, en qué medida se mantuvieron vinculados a su matriz tribal y hasta qué punto contribuyeron a ralentizar el proceso de cristianización en sus áreas de influencia. Apurando los argumentos, el autor se pregunta igualmente sobre si estos —invasores bárbaros—, una vez convertidos al arrianismo, delinearon una política específica hacia la presencia pagana en sus territorios.

El primer problema que el estudio debe atajar es de índole metodológica, el término *paganus* y sus derivados son una creación cristiana que enmascara prácticas muy diversas

y, especialmente, creencias muy alejadas entre sí. Unificadas esencialmente en torno al rechazo radical a lo que las autoridades cristianas resumen como idolatría y las formas sacrificiales asociadas a la misma. Y si esa uniformidad se aplicaba ya a las formas del paganismo de raíz helenística, frente a los pueblos ajenos al Imperio la ignorancia se evidencia aún más radicalmente. En realidad, este es un fenómeno que había afectado ya a los autores paganos incluso antes de las migraciones y que se evidencia en el esfuerzo de Tácito por buscar asimilaciones y paralelos entre las creencias germanas y las propias. En cualquier caso, en lo que tanto autores paganos como autores cristianos parecen estar de acuerdo es que el contacto con la naturaleza constituye el elemento más definitorio de las creencias religiosas germánicas. El culto a la tierra madre o a la *silva sacra* son elementos aún vivos incluso cuando los bárbaros estaban transitando ya hacia el cristianismo. En el siglo IV la mayoría de los bárbaros eran todavía paganos, sin embargo, no siempre se evidencia que esto marcara un principio identificativo con los paganos romanos, aunque, ocasionalmente (caso de los francos de Arbogasto), se pueda atestiguar algún apoyo a los paganos de la urbe. La afirmación del autor (p. 22) de que la transición del paganismo bárbaro al clásico no debió de ser rara, no parece evidenciarse de manera frecuente; es probable que el universo imperial fuese a los bárbaros lo bastante ajeno para no encontrar una identidad inmediata ni con cristianos ni con paganos. Esto se atestigua por el hecho de que en el largo proceso de contacto y de asentamiento bárbaro, de interacción fronteriza, de

cohabitación durante largos periodos, no parece darse un definido proceso sincrético.

Al asentamiento bárbaro en occidente dedica el autor un breve capítulo que podría parecer una impostación innecesaria, pero que se justifica en la construcción poliédrica que el autor propone para la comprensión de la interacción entre los bárbaros y el Imperio, aún parcialmente pagano. Esto es importante porque el asentamiento bárbaro es paralelo, y en buena medida el causante, a la disgregación administrativa. El asentamiento, especialmente tras la década del 370, se asocia con la guerra, la cautividad y la esclavización (c. III). La relación entre cautivos de guerra, paganismo y cristianización adquiere ahora un protagonismo esencial en un contexto en el cual el tránsito del paganismo al cristianismo constituye un factor esencial de la dinámica social en el interior del Imperio. Sin embargo, en los estudios recientes que han animado el debate sobre la *captivitas* en el imperio tardío, el fenómeno religioso apenas ha sido atendido y, sin embargo, las fuentes permiten entrever que el fenómeno conllevó indudables traspasos de creencias religiosas, fuesen voluntarias o forzadas. El autor explora con indudable provecho fuentes como la *Epistola ad milites Corotici* de Patricio, la *Passio S. Sabas* o las epístolas de León Magno y del papa Gregorio, donde se valoran tanto las apostasías, voluntarias o forzadas, como el papel de misioneros —a veces inconscientes— desempeñado por algunos de los cautivos cristianos, muchas veces objeto de un comercio que los dispersaba por tierra bárbara. Incluso se abre paso a un debate teológico sobre

cómo reintegrar a los prisioneros rescatados que durante su cautiverio habían sido forzados a adorar a los ídolos o a comer carne sacrificada a estos. En cualquier caso, es innegable que el fenómeno causó procesos de inculturación y descristianización cuyo alcance nos es velado por las fuentes.

Importante para entender el fenómeno del paganismo bárbaro es definir su estado en el momento de las invasiones y en el inmediatamente posterior. A esta tarea está dedicado el capítulo IV, que constituye la argumentación central del estudio. Las fuentes, esencialmente cristianas, proporcionan la imagen de que el paganismo, entre la Antigüedad tardía y el alto Medioevo, apenas mantuvo una vida mínimamente digna, una sombra del pasado confinada a reductos campesinos marginales. Visto así, la llegada de los pueblos germánicos no habría alterado el camino de la cristianización. La existencia de prácticas religiosas idolátricas se entiende pues como resultado de una catequesis superficial, de la corrupción o ignorancia del clero o de la continuidad subterránea de la religiosidad popular. Sin negar que tal situación explica muchas situaciones recogidas por las fuentes, el objetivo del autor es restituir al paganismo los modestos espacios que le competen, tanto en lo relativo a persistencias como a la introducción de nuevos paradigmas rituales, así como espacios conceptuales y simbólicos. A través de un repaso pormenorizado de las fuentes, de sus, muchas veces, esquivas informaciones, especialmente en el caso de las fuentes cristianas, se analizan los rituales sacrificiales —violentos y no violentos, entre los cuales se incorporan los sacrificios humanos— y sus contextos arqueológicos, igualmente esquivos, pero

que ocasionalmente han sido identificados. Igualmente se lleva a cabo un análisis para discernir, dentro de aquellas prácticas que el derecho canónico y el secular veían como sospechosas durante los siglos V-VII, cuáles eran evidencia de un cristianismo superficial y cuáles genuinas celebraciones paganas. El capítulo se complementa con el siguiente (c. V), en el cual se lleva a cabo un pormenorizado recorrido, región a región, por todo el occidente imperial. Un reconocimiento de grupos paganos, ciertamente no muchos ni especialmente beligerantes, pero que nos muestran una geografía pagana donde los núcleos más fuertes parecen coincidir con aquellas áreas de implantación germana más densa y tardía (desembocadura del Rin, Frisia, la zona de Treveris, el arco alpino o las zonas con presencia de alamanos y burgundios).

Hemos hecho alusión al enfoque múltiple con el que el autor enfrenta la relación entre bárbaros y paganismo. En el capítulo VI el profesor Cecconi da un salto cronológico, se sitúa ya en el momento en el cual la mayoría de los reinos germánicos conformados en el antiguo territorio imperial se han convertido al cristianismo. El estudio parece constatar que las leyes seculares del periodo arriano apenas prestaron atención a las creencias paganas. Así, mientras los concilios católicos contemporáneos muestran una evidente preocupación por perseguir toda práctica que pudiese identificarse con la idolatría y cualquier comportamiento sospechoso de ser asimilable, los arrianos no se aplicaron en la represión del paganismo. También es cierto que, coherentemente con lo que el autor identifica como un evidente indiferentismo religioso, tampoco parecen haber mostrado un empeño por buscar

la conversión de los nicenos al arrianismo. Una muestra de tolerancia que quizás deba ser relativizada, en este caso se analiza con detalle el caso italiano, con la figura de Teodorico; pero un estudio pormenorizado de carácter regional, caso del África vándala, o del reino visigodo en tiempos de Leovigildo, obliga a una lectura más crítica. En todo caso resulta evidente que la indiferencia, o la tolerancia, arriana frente a cualquier forma de impostura que pudiese asimilarse con el paganismo se tornó tras la conversión al catolicismo en una agresividad represiva que en el caso hispano, como analiza el autor, se hace evidente desde el mismo momento de la conversión en el año 589.

En su conjunto, el libro de Giovanni Alberto Cecconi es un trabajo de enorme mérito. En primer lugar, porque se enfrenta a una línea académica negacionista que, empeñada en probar que el paganismo había sido completamente barrido por el imparable proceso de cristianización, interpretaba como meros residuos supersticiosos cualquier testimonio positivo de las fuentes. En segundo lugar, porque una lectura pormenorizada e inteligente de los textos le ha permitido rescatar aquellas evidencias que, por más que sean excepcionales, muestran cómo algunas bolsas de paganismo pudieron llegar a los siglos medievales a pesar de la sofocante presión eclesiástica. Tratamiento exquisito de las fuentes que se completa con un exhaustivo repaso de la investigación que atiende a todo el ámbito regional, cronológico e interpretativo del espacio estudiado. La edición de Laterza es impecable.

Pablo C. Díaz
Universidad de Salamanca
 pcdiaz@usal.es